

## **Cristo es misericordioso y alabo al Dios Uno y Trino (Kyries y Gloria)**

- **Señor, ten piedad...**

Estas tres aclamaciones, *Señor, ten piedad... Cristo, ten piedad... Señor, ten piedad...*, son un grito de alabanza a Cristo. Más cierto sería decir: *¡Piedad, Señor!*

Inmediatamente después del rito penitencial, podríamos rememorar el pedido del publicano en el Templo: "Dios mío, ten piedad de mí, pues soy un pecador" (Lc 18,13). El *Kyrios* a quien en la Misa alabamos tres veces, es "el Señor", o sea: "el Resucitado", el que tiene señorío sobre todos nosotros.

En toda la Revelación Dios se muestra como "misericordioso", pero este calificativo llegará a su máxima expresión en la humanidad de Cristo, muerto por nuestros pecados para darnos nueva vida y para manifestar también nuestra vocación a ser "hombres nuevos", según el nuevo Adán, Cristo-Resucitado. Dios no es cualquier Dios, sino el "Padre de las misericordias" (2 Cor 1,3) y nosotros, los salvados no por mérito propio sino sólo por la misericordia de un Dios que es clemente y compasivo (Cf Rom 12,1; Tito 3,5). A nosotros, pecadores y dominados por muchas miserias, Dios nos ha mostrado - en los gestos y palabras de su Hijo- cómo debemos vivir para alcanzar la misericordia que el Padre es y otorga, a manos llenas, a todos los necesitados de ella.

Que Cristo sea misericordioso, no es una realidad que se queda en la teoría, ni tampoco que sea una gama de especulaciones lacrimógenas sobre la miseria del hombre, sino un ponernos de modo efectivo a buscar y a encontrar soluciones para las miserias del cuerpo y del alma, miserias que tanto nos afligen y afligen a nuestros hermanos. Sólo nos salvaremos por la compasión misericordiosa que empape nuestras conductas. El juicio final (Cf Mt 25,31-45) nos redimirá, no por una mera filantropía -si bien es cosa buena amar y valorar al hombre-, sino por ver en el hermano necesitado, a Cristo necesitado. Por lo tanto, si clamamos al Cristo misericordioso y alabamos su piedad para con nosotros, debemos tener con el prójimo la misma compasión que el Señor tiene con cada uno de nosotros, en su miseria singular. En la medida de esa actitud de alma, fiel y sincera, Jesús el Señor ganará para nosotros nuevas y renovadas misericordias, que podrán en fuga a nuestras fragilidades.

- *¡Gloria a Dios en el cielo!*

Ante la venida al mundo de Dios hecho hombre, los ángeles cantaron en Belén, glorificando a Dios en el cielo y para nosotros, los que habitamos esta tierra, paz... Una paz que es efecto del amor que Dios tiene a quienes Él ama y a quienes le aman.

Cada vez que en celebración de la Eucaristía recitamos o cantamos este hermoso Himno, estamos repitiendo los motivos por los que este canto es proclamado: porque Dios ha nacido en medio de los hombres; por todo lo que Él es. Por ello "te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias...".

De aquí que este momento del paso del Espíritu, de modo especial en nuestra celebración dominical, debe hacernos tomar conciencia de las actitudes que el *Gloria* reclama: contemplar y admirar; mirar sin tener palabras adecuadas para describir la grandeza de lo que se ve o intuye; fomentar un clima de alegre adoración; constatar lo que Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo nos ha mostrado, de modo especial en la humanidad de Jesucristo, el Verbo de Dios hecho hombre, pues Dios nos ha hablado con lenguaje humano, ha caminado con pasos de hombre para que pudiéramos transitar por los caminos de Dios. Descubrir que todo ello es motivo de alabanza, acción de gracias y adoración, abrirá nuestras mentes, corazones y labios para que nuestros labios, pobres pero ansiosos por amar y cantar, puedan recorrer el texto del *Gloria*.

Podríamos encontrar muchos sinónimos para reemplazar las palabras y el contenido del "Gloria": gracia, don, riqueza, honor, coronamiento, fama, alabanza, majestad... Estas palabras nos harían comprender y profundizar mejor este momento de la Misa en que queremos honrar a un Dios agraciado que merece que lo glorifiquemos.

Es un momento feliz, porque glorificamos a la causa de nuestra bienaventuranza. Es también un momento de fe, pues el que cree verá la gloria de Dios (Cf Juan 11,40), gloria que hoy estamos cantando en medio de la Iglesia, imitando a los coros angélicos y haciendo memorial de la Noche santa.

Todo en nosotros puede ser motivo de glorificación de Dios, aun lo más trivial: "Sea que coman, sea que beban o cualquier cosa que ustedes hagan, háganlo para la gloria de Dios" (1 Corintios 10,31). Con esta actitud, que siempre podamos decir: "Tú eres digno, Dios y Señor nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder. Porque Tú creaste todas las cosas, y ellas existen por tu voluntad..."